

Volumen XIII    Septiembre 1.º de 1917    Número 128

**REVISTA**  
del  
**COLEGIO MAYOR**  
de  
**Nuestra Señora del Rosario**

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova. et vetera*

**BOGOTA**  
IMPRESA DE SAN BERNARDO  
**MCMXVII**

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, septiembre 1.º de 1917

### EL CARDENAL MERCIER

COMO FILÓSOFO

(De un sabio artículo titulado *El Cardenal Mercier*, publicado en la *Revista Quincenal* de Barcelona, tomamos la parte en que se considera al eminente autor como filósofo).

Desiderio Mercier (1) nació en Braine l'Alleud, del Brabante valón, el 21 de noviembre de 1851. Ha cumplido, pues, los sesenta y cinco años. Antes de llegar a los diez y nueve (1.º de octubre de 1870) ingresó en el Seminario de Malinas, y cuatro después (4 de abril de 1874) era sacerdote. Siguió cuatro cursos más en la Universidad de Lovaina, y el arzobispo de Malinas le hizo profesor de filosofía en el Seminario menor de su diócesis. Al comenzar el decenio de 1880, el joven presbítero estaba ya reputado en Bélgica como la mejor esperanza de la Iglesia en el orden de la enseñanza filosófica. En 1879 había publicado la primera edición de la *Lógica*.

La filosofía que profesaba era la escolástica, según la mente de Santo Tomás de Aquino, que tras siglos

(1) Sus nombres de pila son Desiderio, Feliciano, Francisco, José.

## CONTENIDO

El Cardenal Mercier como filósofo.....	ANGEL SALCEDO RUIZ.
Tradiciones del Rosario.....	MARIO CRUZ.
Documentos importantes.	
La mentalidad española.....	P. CÁNDIDO ARMENTIA, A. R.
Fredonia.....	JULIO CÉSAR GARCIA.
Las moscas trasmisoras de enfermedad.....	LIBORIO ZERDA.
Lo tuyo y lo mío.....	V. ESPINÓS.
Historia de la filosofía colombiana.....	J. F. FRANCO QUIJANO.
Por la memoria de Bolívar.	J. M. RESTREPO SAENZ.
Crueldad inocente.....	P. JULIO ALARCON, S. J.
Grado notable.	
Los apóstatas.....	JAIME BARMES

de proscripción de la enseñanza, aun de la eclesiástica, había sido restaurada casi simultáneamente por Cayetano Sanseverino en Italia (1), y en Alemania por Kleutgen (2), determinando ambos un movimiento copioso, fecundísimo en autores y libros; pero en el que, como en toda restauración, sea científica, artística o política, no tardaron en destacarse diversos tipos de restauradores y restauraciones. Entendían unos que restaurar el tomismo era seguir en todo, copiar y aprender *ad pedem litterae* lo escrito por Santo Tomás; así el alemán Scheneider, que decía: *es menester aceptar a Santo Tomás sin ninguna restricción o no aceptar nada de él* (3); el también alemán Pesch, que sigue para exponer toda cuestión el mismo plan que Santo Tomás (4), y los italianos Cornoldi y Lorencelli. Según el primero, sólo merece título de filósofo quien se aferra a cuanto dejó escrito el santo doctor del siglo XIII; y en sentir del segundo, la filosofía llegó a su perfección con Santo Tomás, «cuyas alas angélicas la remontaron a tal altura, que ya no puede subir más.» Con Descartes se inicia un período de corrupción, en que aún yacemos. Contra esta manera de restauración rebeláronse siempre algunos espíritus superiores y amplios, para los cuales el tomismo significaba la adopción del método histórico-crítico que fue de Santo Tomás, y sin el cual no cabe continuidad o tradición en filosofía, sino esporádicas y contradictorias manifestaciones del impresionismo individual; y el examen serio y desapasionado de lo antiguo y de lo moderno para extraer la verdad, aun de los sistemas más erróneos, sin prejuicios contra

(1) Con su obra *Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata* (Nápoles, 1862).

(2) Con su libro *Philosophie der Vorzeit vertheidigt* (Münster, 1860-63).

(3) En el primer número de la revista *St. Thomas blaffer*.

(4) *Institutiones logicales*.

el heterodoxo ni el impío como no los tuvo Santo Tomás contra el gentil y el mahometano.

Así había entendido el tomismo nuestro Balmes; y el P. Zeferino González, si en sus textos escolares se ajustó al método medioeval, en sus *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás* y en su *Historia de la Filosofía* descubre la amplitud de su horizonte intelectual, declarando, aun en el prólogo de la *Filosofía elemental*, que para él no son filósofos cristianos o escolásticos únicamente los fieles a la tradición de las antiguas escuelas, sino cuantos acatan el dogma. Llegó, sin embargo, un momento en que parecieron predominar en todas partes las doctrinas estrechas, serviles y rutinarias de los Cornoldi y Lorencelli, que tuvieron en España por principal representante a don Juan Manuel Ortí y Lara.

Así las cosas, el 4 de agosto de 1879 publicó León XIII su encíclica *Aeterni Patris*. El sabio pontífice había sido siempre tomista convencido; como arzobispo de Perusa, fundó en el Seminario una Academia de Santo Tomás; pidió a Pío IX, con los prelados de Umbría, que declarase al santo doctor patrono de todos los establecimientos de enseñanza, y, en una extensa y razonada memoria, que condenara al ontologismo. Apenas elevado a la cátedra de San Pedro, con su encíclica *Inscrutabili Dei consilio* (21 de abril de 1878) anunció sus propósitos de orientar la enseñanza eclesiástica y, en general, la católica hacia los métodos y principios del autor de la *Suma Teológica* y de la *Suma contra gentes*, lo que cumplidamente llevó a cabo en la *Aeterni Patris*.

Algunos hechos inmediatos a la encíclica, v. gr. los nombramientos de Cornoldi, Zigliara, Lorencelli y Satolli para las cátedras de filosofía en Roma, pudieron parecer sintomáticos de que con León XIII triunfaba la escolástica rutinaria y petrificada en los textos de la centuria décimotercera; pero pronto hubo de verse:

que las miras del Papa eran muy otras. A monseñor Dechamps, cardenal arzobispo de Malinas, escribió el Pontífice recomendándole la creación de una cátedra especial de filosofía tomista en la Universidad de Lovaina. Había sido León XIII, en su juventud, nuncio en Bélgica (1), y admirado la acción católica desarrollada por aquellos obispos, especialmente la Universidad de Lovaina, restaurada por el episcopado, en 1834 (2),

(1) El 27 de enero de 1843 fue preconizado monseñor Joaquín Pecci arzobispo de Damieta *in partibus infidelium*, consagrado el 19 de febrero y enviado de nuncio a Bélgica. Llegó a Bruselas el 6 de abril de 1843. El 2 de junio de 1844 presidió la procesión de Nuestra Señora de la Chapelle. En 1845 logró la creación en Roma del Seminario belga. El rey Leopoldo I le confirió la gran cruz de Leopoldo (1.º de mayo de 1846) y le recomendó eficazmente a Gregorio XVI al terminar su legación. Conservó siempre un afecto extraordinario a la nación belga, y tenía singular complacencia, siendo arzobispo de Perusa, en alojar en su palacio a cuantos belgas pasaban por la ciudad.

(2) La Universidad de Lovaina fue fundada en 1426. En el siglo XVI contaba 6,000 alumnos y era considerada como la primera de Europa y el baluarte de la ciencia católica contra las universidades protestantes de Holanda y Alemania. Protegida entonces por Felipe II y demás reyes de España que fueron soberanos de los Países Bajos, guarda su historia recuerdos de sabios españoles como Luis Vives, Arias Montano, Fr. Lorenzo de Villavicencio y otros. Durante la dominación austriaca, nadie obtenía empleo en Bélgica sin estar graduado en Lovaina. Fue clausurada por los franceses y restablecida en 1817. El gobierno holandés empeñóse en hacer del *Colegio Filosófico* un centro de enseñanza jansenista, lo que, ofendiendo gravemente a los obispos, clero y católicos belgas, fue una de las causas de la revolución de 1830. Independiente Bélgica, el gobierno estableció las dos universidades oficiales de Lieja y Gante; los librepensadores fundaron la libre de Bruselas, y los obispos restauraron la de Lovaina. Todos los años, por Semana Santa, se hace una cuestación en las iglesias belgas para el sostenimiento de la Universidad católica. Casi todos los jefes y personajes del partido católico belga han estudiado en Lovaina. Sobre la organización de la Universidad antes de la invasión alemana, véase el opúsculo de Zaragoza, rector del Seminario de Madrid.

para contrarrestar el influjo de la establecida aquel mismo año por los racionalistas en Bruselas; uno de sus actos de nuncio fue la reunión de los obispos del reino para ofrecer un banquete a nuestro Balmes, y no era el arzobispo de Damieta de los que rinden estos homenajes sólo por la fama o de oídas, sino conociendo muy bien a la persona obsequiada. León XIII, entusiasta de Balmes, indica que el tomismo del sabio Pontífice era, por lo menos en sus líneas generales, el tomismo de Balmes.

Los prelados belgas apresuráronse a realizar los deseos del Papa, crearon la cátedra de filosofía y de común acuerdo la confirieron a Desiderio Mercier (31 de julio de 1882).

Mercier, catedrático de filosofía escolástica, es uno de los mayores luminares de nuestro siglo. Partiendo de los mismos principios que los neoescolásticos italianos, tendiendo al mismo fin y moviéndose en igual dirección, dio a la ciencia explicada un carácter enteramente nuevo. Los italianos, en su empeño de no salir de la edad media, no distinguían debidamente la filosofía de la teología, el campo de la fe del de la razón, y hacían de las verdades reveladas, no un límite sagrado a las especulaciones racionales, sino una regla de su desenvolvimiento. Dimanaba de esta confusión que no vieran en el pensar filosófico la satisfacción del *ingenium curiosum* que dijo Séneca, y que es anhelo que puso Dios en nuestro sér, sino una mera introducción al estudio teológico. Encastillados en el texto de la *Summa*, y resueltos a ver en ella el *non plus ultra* de la humana investigación, escapábaseles lo más grande de Santo Tomás, que es su espíritu abierto a todas las auras de verdad, vengan de donde vengan. ¿Cómo se hubiera extrañado el Doctor angélico al oír a sus secuaces que nada tenían que estudiar en Descartes, en Malebranche, en Locke, en Kant, en los modernos

positivistas, cuando él estudió con tanto afán y examinó con tanto cuidado las obras de los idólatras y de los mahometanos, y no para rechazar *a priori* y como errores sus conclusiones, sino para ver lo que había de cierto en ellas e incorporarlo a su sistema?

Mercier deja a los tomistas sus contemporáneos para buscar directamente a Santo Tomás y ponerlo en relación directa con el mundo moderno. A la ciencia católica perjudica hoy extraordinariamente la opinión de que no es para sus cultivadores sino el arma apolo-gética de la fe. Es preciso desvanecer ese prejuicio, investigar libremente, hacer uso de la facultad de discurrir que nos reconoce la Iglesia, ver en la revelación una *norma negativa*, no ser hombres de síntesis y de *ciencia hecha*, sino trabajar con entusiasmo en *la ciencia por hacer* y, para ello, formar hombres que se consagren a *la ciencia por sí misma*, sin objeto profesional ni fin apologético. La observación científica ha ensanchado las fronteras del saber, y los moldes de la antigua filosofía no son hoy suficientes para contenerlo: la cosmología no es actualmente nada sin las ciencias físicas y matemáticas, ni la psicología sin las ciencias naturales y la biología, ni la criteriología sin las ciencias históricas, ni la ética sin las ciencias sociales, económicas y políticas; necesitamos experimentadores e investigadores, verlo todo, examinarlo todo sin prejuicios, estudiar los hechos e interpretarlos sinceramente. Las obras de Santo Tomás no son el punto de llegada del entendimiento humano, peregrino mientras vive en esta tierra que no es su patria, sino el punto de partida, el camino, el método para ir avanzando con paso seguro por esa senda que es, en la vida presente, interminable (1).

(1) Este párrafo es ligerísimo extracto de las ideas expuestas por Mercier en el *Rapport sur les études superieures de philosophie* presentado a la asamblea general de católicos de Malinas, en septiembre de 1891 (Lovaina, 1891).

De la enseñanza de Mercier en su cátedra de filosofía tomística nos quedan como monumentos literarios el *Discours d'ouverture du cours de philosophie de S. Thomas* (Lovaina, 1882) y *Le determinisme mecanique et le libre arbitre*, estudio publicado en la *Revue Catholique de Louvain* (1883-1884). El arzobispo de Malinas le nombró canónigo honorario de su catedral primada (12 de agosto de 1882), y Su Santidad prelado doméstico (1886).

Satisfechísimo León XIII del giro dado a la enseñanza filosófica por monseñor Mercier, deseó la ampliación de aquellos estudios, y en breve, dirigido a monseñor Goossens, a la sazón arzobispo de Malinas, expuso la conveniencia de crear nuevas cátedras, sabiamente distribuidas y coordinadas para formar un Instituto de filosofía tomista; encargaba encarecidamente al episcopado belga la inmediata realización de tal pensamiento, y enviaba desde luego la suma de 150,000 francos para empezar a ejecutarlo.

Confiaron los obispos a Mercier esta nueva comisión pontificia, cuyo primer fruto fue la memoria leída en la asamblea de Malinas, de que ya se ha hecho referencia.

La fundación y organización del *Instituto Superior de Filosofía* por monseñor Mercier es una de las obras maestras del siglo XIX, la más bella en su orden y esfera, indiscutiblemente la más importante del saber católico, y, por tanto, de la historia científica de la Iglesia en nuestra época. Ningún estudioso español tiene derecho a desconocerla, contando con fuentes de tan fácil lectura como el opúsculo del P. Marcelino Arnaiz, *El Instituto Superior de Filosofía* (Madrid, 1900), la *Historia de la Filosofía en el siglo XIX* de don Alberto Gómez Izquierdo (Zaragoza, 1903) y el más reciente artículo, impreso aparte, *La Universidad de Lovaina*, de don Justo Zaragüeta. Por muchos aspectos, esta fun-

dación recuerda la de la Universidad de Alcalá por el cardenal Cisneros.

Como Cisneros, no se preocupó Mercier de hacer erigir un suntuoso edificio ni de nada de lo que es externo y complementario, sino que fue derechamente a lo fundamental que es, tratándose de enseñanza, la formación de un cuerpo de catedráticos. No los había, y era preciso hacerlos. Excelente material para ello eran los discípulos predilectos de Mercier; pero su preparación necesitaba ser completada. Armando Thiéry (nació en 1868), doctor en derecho, filosofía y ciencias físicas y matemáticas, fue enviado dos años a Leipzig, a practicar en el laboratorio de Wundt, antes de ser puesto al frente del laboratorio de psicología experimental de Lovaina. Desiderio Nys (nació en 1859), ya doctor en filosofía y dedicado después a la química, fue a perfeccionarse en esta ciencia con el célebre Ostwald, para ser el cosmólogo del Instituto. Simón Deploige (nació en 1868), abogado que dejó el foro por las especulaciones filosóficas y científicas, estuvo en Suiza mucho tiempo estudiando las cuestiones económicas y políticas. ¿Qué más? El mismo Mercier, director o presidente, según dicen allá, del Instituto, asistió, como alumno, a la clase de biología para ponerse en condiciones de comprender y examinar por sí mismo los problemas psicológicos planteados por la ciencia moderna, y es grato recordar que tuvo por condiscípulo en aquella cátedra al jesuita español P. Vicent.

Monseñor Mercier fue presidente del Instituto desde su fundación en 1892 hasta el 7 de febrero de 1906, en que S. S. Pío X le nombró espontáneamente, esto es, sin presentación gubernativa o real, que no se usa en Bélgica, arzobispo de Malinas. En este período la actividad del filósofo no pudo ser más fecunda ni más brillante: además de la *Lógica*, cuya tercera y definitiva edición es de 1892, publicó la *Ontología* o *Filo-*

*sofia general* (1894), la *Psicología* (1.<sup>a</sup> edición, 1892; 2.<sup>a</sup>, 1894; 5.<sup>a</sup>, 1899) y la *Criteriología* (1894) (1), muchos artículos de revista (*Revue Neoscholastique*, *Le Musseon*, *Divus Thomas*, *Annales de philosophie chrétienne*, etc.) y el precioso y sugestivo libro *Les origenes de la psychologie contemporaine* (1898).

El Instituto, bajo su dirección o presidencia, alcanzó todo su desenvolvimiento. Los profesores ya citados y otros, como De Wulf, historiador sin par de la escolástica, Leroux, discípulo de Thiéry y otros, han cultivado con sólido método científico, larga preparación y amplitud de miras todas las ramas del saber contemporáneo. Sus investigaciones y sus libros corren por la Europa culta como última palabra de la ciencia. El profesor Uphues ha explicado en la Universidad de Halle (Sajonia) la *Criteriología* de Mercier (curso 1899-1900); Wundt, en la Academia Real del mismo reino sajón, ha elogiado los trabajos psicofisiológicos de Thiéry. La revista alemana *Kantstudien* ha reconocido la necesidad que tiene el neokantismo de discutir seriamente las tesis sustentadas por el neotomismo. En el campo católico, el Seminario de Metz acepta las doctrinas lovainistas que inspiran su texto *Elementa philosophiae scholasticae* (Friburgo, 1901) de su profesor Sebastián Reinstadler, y los Seminarios italianos a las mismas doctrinas se inclinan, como atestigua su revista *Era novella*.

España no ha sido extraña a este movimiento. El P. Arnaiz, que en 1890 publicó un estudio, en *La Ciudad de Dios* sobre *El método experimental en Psicología*, y en 1891 el ya citado sobre *El Instituto de Lovaina*, que el mismo Mercier se encargó de vulgarizar por la península y América; en el mismo año de 1891 dio a luz la traducción de *Los origenes de la Psicología contempo-*

(1) Estos cuatro tratados forman el *Cours de philosophie* (4 volúmenes).

ránea, y después las obras originales: *Los fenómenos psicológicos*, *Percepción visual de la extensión*, *Las metáforas en las ciencias del espíritu* y *Elementos de Psicología fundada en la experiencia*. Los lovainistas españoles son legión: don Prudencio Conde Rivallo, don Alberto Gómez Izquierdo, don Antonio Hernández de Fajarnés, don Juan Zaragüeta, fray Francisco de Barbens, don Federico Dalmau, etc. Aun en los que no han abrazado resueltamente la doctrina lovainista—los más por pereza mental o por la dificultad práctica de montar los laboratorios y complejidad de enseñanzas que exige el método de Lovaina,—rinden teóricamente su tributo de admiración a la maravillosa obra de Mercier, y no ha sido hipérbole la del señor arzobispo de Tarragona al afirmar que la autoridad del cardenal belga corre hoy parejas en nuestras escuelas eclesiásticas, con la de Santo Tomás.

.....

ANGEL SALCEDO RUIZ

De la Real Academia de Ciencias  
Morales y Políticas



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico